

A P O R T A C I O N D E G O N Z A L E Z P A L E N C I A A L A L I T E R A T U R A E S P A Ñ O L A

HACE solamente un cuarto de siglo nuestros estudiantes de Literatura en la Central estudiaban en el texto —excelente, por otra parte— de un profesor extranjero. Faltaba en nuestra bibliografía literaria la obra en que de un modo panorámico, objetivo, claro y completo se estudiase la evolución histórica de las letras nacionales. Fué D. Angel González Palencia quien acometió la labor que vendría a remediar aquel fallo de nuestra enseñanza universitaria.

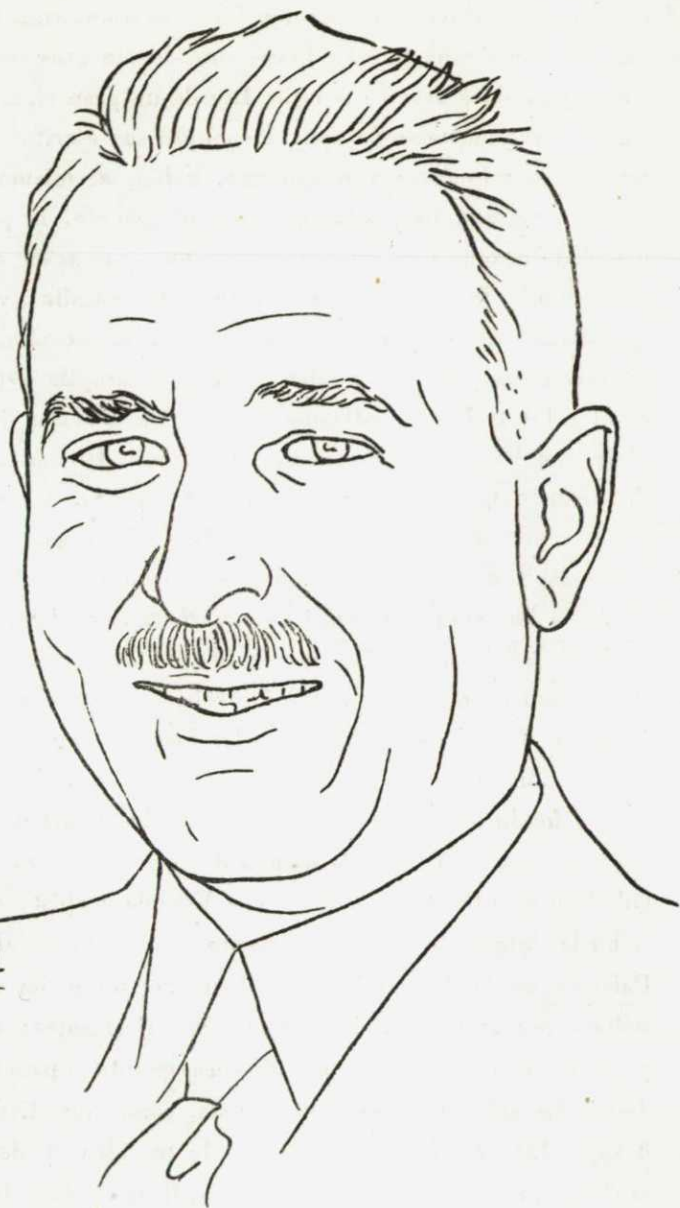
Era, en verdad, paradójico que la historia y la belleza de nuestra poesía lírica, de nuestra novela y de nuestro teatro fuesen estudiadas según los juicios y las directrices de alguien no español. Otro profesor, D. Juan Hurtado —titular de la asignatura en la Universidad Central— colaboró con González Palencia en aquella tarea. La nueva *Historia de la Literatura española* llenaba cumplidamente la necesidad tan largamente sentida. Era un libro caudaloso de noticias, claro en el método, sereno en el juicio, al día en la investigación. Llegaba hasta nuestro tiempo, en un examen breve de la realidad literaria actual. Publicado el libro, unánimemente se reconoció su utilidad. Ya los estudiantes no aprenderían

la historia de nuestras letras en el texto de un profesor extranjero.

Nuevas ediciones, después, fueron ampliando la obra, enriqueciendo su bibliografía, completando los cuadros de las varias épocas. El libro era ya fundamental para el conocimiento de la evolución literaria española. Muerto D. Juan Hurtado, D. Angel González Palencia siguió reuniendo datos y preparando materiales para las ediciones futuras. El libro no podía quedarse rezagado. Y así, ahora, acababa de aparecer una nueva y completísima edición, en un solo volumen, de aquella *Historia* en la que D. Angel González Palencia trabajó con tanta ilusión como competencia. Siguiendo la línea trazada en la primera edición, en esta de ahora se llega hasta los nombres más nuevos y recientes del panorama literario nacional, en el ensayo como en el periodismo, en el teatro como en la investigación.

Fué ésta una importantísima aportación de González Palencia a nuestra literatura, tanto por la obra en sí como por lo que significaba como respuesta a una necesidad profundamente sentida. Por sólo esta obra quedaría ya incorporado para siempre a los cuadros de nuestra mejor bibliografía literaria el nombre del ilustre profesor que acaba de morir. Pero es que, además, su labor encierra otros aspectos y constituye un admirable ejemplo de tenacidad y amplitud en el trabajo. Asombra realmente la labor realizada por González Palencia: más de trescientos títulos, entre libros, folletos y estudios varios, figuran en la larga lista de sus publicaciones.

Su actividad se orientó en una doble dirección: los estudios árabes, en los que continuó la línea de los grandes arabistas nacionales, y los estudios de literatura española, en los que se formó bajo la sombra ejemplar de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Acertó —es el gran secreto— a convertir su trabajo en su gozo. «Lo paso mejor —se le oía decir a veces— en un archivo, entre documentos de otro tiempo, que en el teatro o en el cine.» Si entre esos documentos estaba su trabajo, estaban, también, su descanso y su alegría. Voluntad extraordinaria, infatigable espíritu, González Palencia puso ambos al servicio de las letras nacionales.



J. BERNAL

D. ANGEL GONZALEZ PALENCIA

Ni aun esquemáticamente cabe una descripción de su obra amplísima, en la que historia y literatura marchan paralelas. Los archivos y las bibliotecas conocían bien esa asombrosa tenacidad con que él se inclinaba horas y horas ante documentos venerables, ante libros y papeles de otro tiempo. Era de un gran rigor en sus investigaciones, y gustaba de apoyar siempre sus escritos en una documentación minuciosa y terminante. Sabía, al mismo tiempo, dar al fruto de aquellas investigaciones el método, la precisión y la claridad inexcusables en toda obra que quiera ser algo más que puro desfile de datos. Son muchísimos sus estudios, y dicho queda que excede de los márgenes de esta nota la mención completa de aquella larga y ferviente labor. Entre tan amplia lista pueden ser citados los trabajos dedicados a José María Vaca de Guzmán, a Meléndez Valdés, a Montengón, a Antonio Hurtado, a Fray Luis de León, a Quevedo, a Covarrubias y Orozco, a José de Villaviciosa, a mosén Diego de Valera, a Lope de Vega, a Montemayor, a González de Carvajal... Magistrales estudios suyos son los que dedicó a *La censura literaria en el siglo XIX* —obra que le premió la Real Academia—, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII* —en cuyo trabajo empleó diecisiete años—, *Los precedentes islámicos de la leyenda de Garín*, *La doncella que se sacó los ojos...* La relación entre las literaturas castellana y árabe fué estudiada muy a fondo por González Palencia, arabista insigne, que fué llamado precisamente a la Academia de la Historia por su gran autoridad en este tipo de estudios. «La Escuela arabista española —escribió D. Miguel Artigas en el discurso de respuesta al de González Palencia en la Academia de la Lengua— no se ha dejado nunca seducir por anhelos ni influencias extranjerizantes; se ha sentido y se ha manifestado siempre fervorosamente española, y su tendencia ha sido más bien imperialista, como hoy diríamos, exaltadora y difusora de las influencias de las ideas y del arte de los árabes españoles en las diversas disciplinas de la cultura europea. Este patriotismo científico fué, sin duda, el primer móvil que condujo a nuestro académico insensiblemente a cultivar luego, con una intensidad que nos recuerda la de nuestros grandes polígrafos, el

campo abierto de la Literatura española. Pero antes, entonces y después trabajó con fruto extraordinario en su predio familiar y originario del arabismo y de la cultura islámica.»

Tres aspectos fundamentales tiene, por tanto, la extensa aportación de D. Angel González Palencia a nuestra literatura: el nexo de ésta con las letras árabes, la *Historia* que vino a sustituir en nuestra enseñanza al libro de Fitzmaurice-Kelly, y la serie de estudios literarios de que en parte queda hecha mención. La muerte ha llegado ahora al sabio profesor cuando éste se hallaba en plena madurez creadora, en el momento más granado de su infatigable esfuerzo, cuando todavía podían esperarse muchos frutos nuevos de aquella magnífica vitalidad que caracterizó siempre al gran investigador de nuestras letras. Hace nueve años, cuando D. Angel González Palencia ingresó en la Academia Española, su padrino en el acto, D. Miguel Artigas, acababa el discurso de contestación con las palabras siguientes: «Mucho más esperamos, confiados, de su gratísima compañía, de su talento, de su vocación y de las energías de este hombre, en el cual se han refundido, unificándose, las cualidades de dos corrientes científicas poderosas: la serena agudeza patriótica de los arabistas de Codera y el hondo y desbordante españolismo de Menéndez y Pelayo.» Mucho más, también, podía esperarse hoy de todas esas condiciones que el llorado Artigas señalaba en González Palencia. La muerte, de un modo brusco y dramático, ha hundido todo aquello que aún podía esperarse del gran académico. Nos deja éste, sin embargo, junto a una labor extensa y ferviente, la lección de su voluntad tenacísima y de su alta pasión española.